LA ENCARNACIÓN DE JULIO MARURI

1

Aquel chiquillo menudo, que apenas si tenía cuerpo, revuelto el pelo, la carilla apurada y tan insignificante que casi no dejaba sombra sobre el suelo, podría haber sido un muchacho del muelle y estar esperando la llegada de los vapores, sentado sobre las losas, jugándose la propineja que le había de proporcionar el atraque de aquel gran trasatlántico que se divisaba. Acababa de enfilar la bahía y el mozuelo se ponía en pie.

Pero no fué así como yo le conocí. La más verdadera historia es ésta: Julio Maruri era un soldado; mejor dicho: Julio Maruri era un uniforme azul de paño grueso, puesto en pie y al que se presentía habitado. Fijándose, sí, efectivamente, había una cabecita pequeña, una carilla escurrida, un pelo rubio, rubiasco, que, ladeado, casi le tapaba los ojos. Abundante el pelo, si todo lo demás escasísimo. Dos ojillos casi azules, abiertos con un taladro, y en ellos unas chispas, unas chiribitas reidoras, confusas, disculpantes, humildísimas. Si algo le hacía gracia, y podía hacérsela un pajarillo volador, la cara vivaz se contraía de repente y quedaba convertida en un montoncito de arrugas.

Llegaba con Emilio Niveiro, era en octubre de 1943, y aquel chiquillo que se había metido en el uniforme de alguien, donde, desde dentro, poniéndose de puntillas, podía asomar la cabeza, tenía ya veintitrés años.

Había nacido en Santander, y no fué, como alguien lo pensaría, en lo sumo de un árbol, dentro de un nido, bajo la clamencia de las solas hojas verdes, mientras durasen. No; nació en una calleja de la ciudad baja, y corrió por un parque, y fué a un colegio y aprendió a leer, y escuchó... Al salir, estoy seguro, si era ya tarde y estaba oscuro, para el que le escuchase, al rebullirse, no haría más ruido que el de un pajarillo con un ala rota.

Pero a la vista su ala estaba entera, y además no era un gorrión, porque tenía voz. Fué en Madrid donde por primera vez desató su nota fina, larga, estremecida, en la tarde empezada.

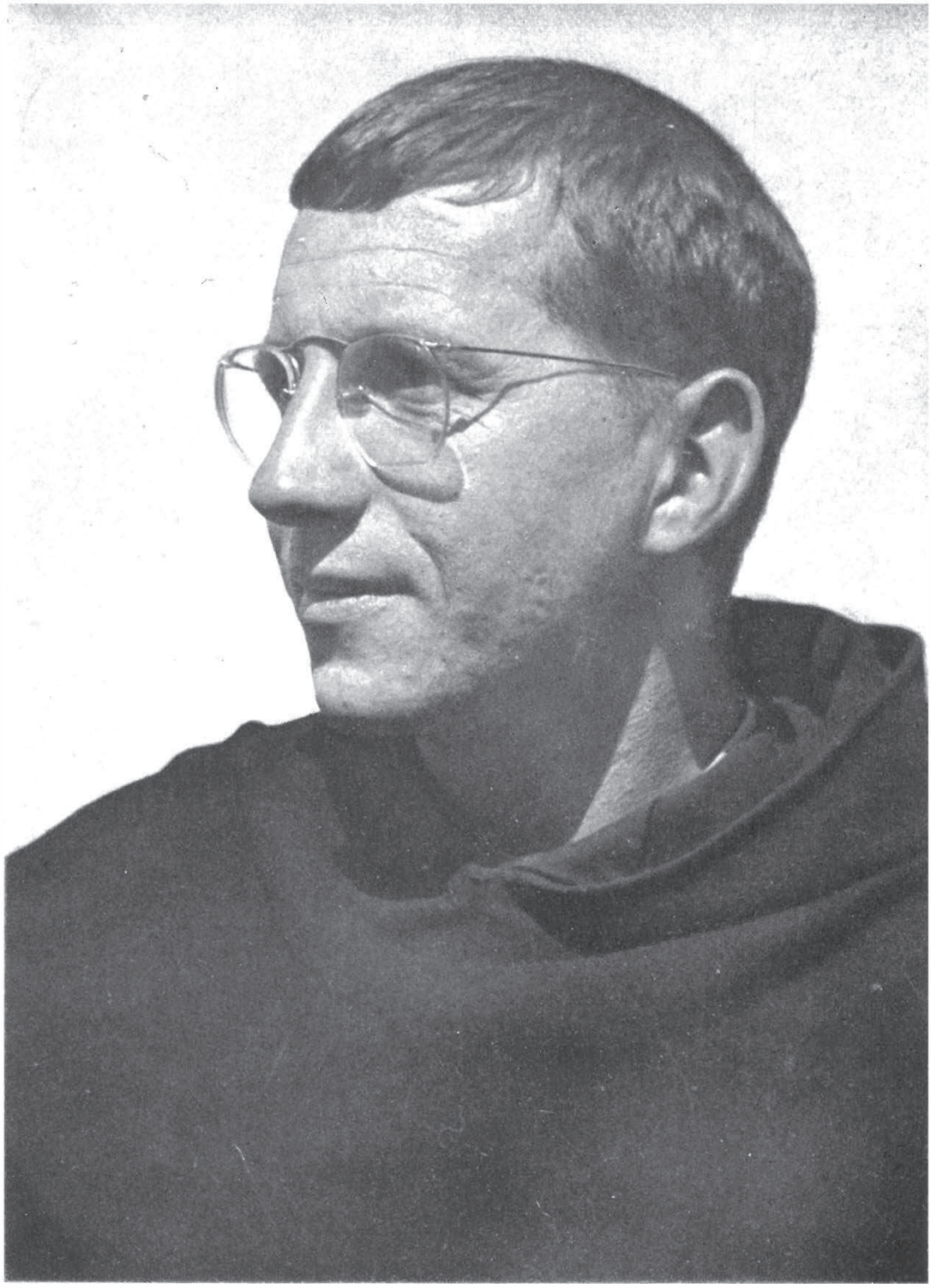
De rama en rama, Julio Maruri había llegado a la ciudad, y al aparecer era un muchacho y estaba enfundado en un uniforme, pero las aves y los niños encontraban en él un congénere más ligero, más inesperado, saltador, volador, cantador, con un pío reconocible. Yo lo creo firmemente: los niños revolotearían con él, casi aves por amor hacia él, más ave todavía que niño. Y las aves desaparecerían con él, ronda sobre otros niños, coronados por aquel vuelo en el que, todos aves, todos pájaros, todos plumas, se desvanecerían en el viento.

Aunque el aire tuviera un latido que sólo lo podía dar un corazón humano.

Julio hizo amigos en Madrid, y todos le querían. Ofrecía una especie de misteriosa inocencia, y el respeto con que lo miraban, de pronto, procedía de su difícil definición. Sin saberlo, todos presentían que venía de lejos e iba lejos, en una encarnación pasajera que presenciaban.

Aquella inocencia llena de verdor formulaba preguntas, daba respuestas que hacían a veces sonreír al que desconociese. Socialmente, era el aturdido, y podía agasajar a una vieja escritora, de pintura, afeite y chafarrinón en pretendida juventud, y ver con toda veracidad la realidad venerable y dirigirse sencillo a esa verdad, sin respetos humanos, con ademán feliz: "Usted, que por los años casi podía ser mi abuelita, y yo, ¡qué bien nos entendemos!" Todos se reían, por la involuntaria "salida", y no se daban cuenta de la repentina dignificación de aquella máscara, que él había visto limpia y veraz, en un claro mundo de correspondencias.

Llegó un día que acabó el retrasado servicio militar, y del uniforme salió aquella criatura frágil y disculpante, y sonrió con alegría comunicativa. Durante algún tiempo vivió casi como sus pájaros. Estaba recién aparecido su libro *Las aves y los niños*, y, como los pájaros, vivía... casi del cielo. Pero no dormía en una ramita benigna, bajo una cúpula de verdor, sino en una habitación sombría de una sórdida pensión, donde no había ni una ventanita para el ala y donde el día y la noche no se notaban si no se echaba a la calle para saberlo. Pero el trino seguía sonando, el verso encendido y dorado, la voz transida, de un volumen casi imposible en aquella garganta insignificante.



(Fotografía Lagos.)

Julio tuvo un día que regresar, de rama en rama, alejándose, en busca de otros cielos menos indiferentes, de una tierra, la suya, donde poder posarse y encontrar abrigo: sencillamente, sobrevivir.

Supimos que había escrito un libro nuevo. Se publicó. Llegaban amigos. Oíais: Julio maduraba. Nadie ya recordaba unas aves, nadie se refería a unos niños. Julio era un hombre. Los viajeros nos hablaban de sus conferencias, de sus juicios. La encarnación pasajera se estaba desvaneciendo. Ante los ojos de todos, Julio se iba, se alejaba, se deshacía.

¿Quién le heredó?

II

Un día lo supimos. En Begoña hay un convento. Está situado sobre un monte, y desde él se ve Bilbao y la ría, y allá abajo, las suaves laderas, los campos jugosos y las colinas y un cielo bajo, que cuando se puebla de nubes blancas, gruesas, algodonosas, se hace casi humano sobre las cabezas. El último fraile profeso se llama fray Casto.

Si os asomáis alguna tarde, a la hora del paseo, le podréis ver en el huerto. Entre los manzanos, los cerezos, los bancales de las acelgas y las lechugas, moviéndose entre la masa baja del patatar, la figura avanza despacio, hacia el fondo. Si os acercáis veréis un rostro pálido, no precisamente escurrido; un pelo recortado sobre la frente y unos ojos no sé si azules, inteligentes, yo los llamaría maduros, con ese color de las aguas serenas cuando reflejan cielo desnudo, rebajado de su poder, calmado en sus luces. Su hábito es tosco, de estameña pesada, y tiene el color del castaño; pero su pelo es rubio, un poco descolorido, yo le diría rubiasco si ese adjetivo no resultase más propio para una primera juventud. ¡Qué claridad hay en la tarde! Los pájaros revolotean cerca. Sí, las aves. Pero ¡qué concreta se ve la figura del fraile, qué real la ropa, tan cruda, tan pesada, los pliegues hasta los suelos! Se mueve despacio y, quieto contra la tapia blanca, parece un trozo de piedra hermosa, oscura y definitiva. No, no es la sensación del pasar la que os dará, sino la

del arribar, del estar en el ser, la de la pesantez y la de consistir.

Si os acercáis más, le veréis mejor. Fray Casto tiene treinta y cinco años, pero acaso podría tener más. Y si se ríe, porque también puede hacerlo, en un montoncito de arrugas se convertirá suavizadamente su cara. Pero si entran unos niños, y ello ocurre algunos días, y entran a veces corriendo y se acercan, los veréis jugar en su torno y de vez en cuando tentar la ropa real, la mano cuajada, el bulto seguro, como si ellos también girasen alrededor de una certidumbre.

La tarde ha ido cayendo. En el huerto hay un oreo de poniente fresquísimo. Sobre los cristales de las gafas, porque fray Casto usa vidrios finos, se reflejan las figuras menudas de las criaturas. Se han alejado y juegan entre ellos. Y fray Justo no los mira, aunque ellos están jugando sobre su sombra larga, que alcanza hasta allí y silenciosamente se tiende.

Sobre el monte está declinando el sol. Aquí llegan los rayos de la luz, aquí suben ahora por los pliegues verticales, ascienden hasta el pecho, siguen subiendo, iluminan los ojos, alcanzan la frente, coronan la cabeza y le ponen un halo, un resplandor, un polvillo de oro que permanece. Pero fray Casto ha echado a andar. La luz ha cedido del todo y la figura avanza casi en lo oscuro. Allí está el pórtico, y allí veréis la piedra segura, compacta, sin vacilación, sumirse humilde en las sombras.



VICENTE ALEIXANDRE